LA ESQUINA

MIRAR LA CUMBRE: UNA ANTOLOGÍA DEL CUENTO BOLIVIANO

32 CUENTOS GANADORES DEL CONCURSO MUNICIPAL DE LITERATURA FRANZ TAMAYO Y UN ESTUDIO DE SU DESARROLLO HISTÓRICO COMPONEN UN LIBRO IMPERDIBLE.

LA ARTISTA DE LA SEMANA:

Irmad Jaimes

Coro de niñas

(óleo sobre lienzo)

LA GUERRA DEL CHACO 1932-1935 DE LUIS BAZOBERRY

LOS MEJORES CÓMICS SEGÚN ANA KARINA MOLINA

EL TALLER DEL HISTORIADOR: CELESTINO ROMAY OLIVARES

CINE

La guerra de Bazoberry y Pallejá

LA CAMPAÑA DEL CHACO NO ES EN CASO ALGUNO UN TEMA SUPERADO, SINO UN LUGAR RECURRENTE EN LA MEMORIA BOLIVIANA.

Claudio Sánchez
Crítico e investigador

Luego del reestreno de *La Guerra del Chaco 1932-1935,* del realizador Luis Bazoberry, que tuvo lugar el lunes 18 de marzo en la Cinemateca Boliviana, y de que a partir del jueves 21 hubiera ingresado en cartelera comercial, las preguntas sobre la importancia de este material dentro de la filmografía nacional se multiplican.

Resulta llamativa la cantidad de público que convoca la película. La noche del 18 se tuvo que programar una nueva función por la cantidad de espectadores que se dieron cita para asistir a la sala. Definitivamente este ya es suficiente motivo como para ocuparse una vez más del filme.

Por las notas de prensa y las carteleras de la época, se sabe que en 1936 —cuando la película fue estrenada— la respuesta de la gente fue más bien bastante mala, así lo demuestra los pocos días que se mantuvo programada. El desenlace de la guerra contra Paraguay había dejado en el espíritu nacional un vacío muy particular. El recuerdo estaba demasiado vivo y las contradicciones sobre cómo se resolvió el conflicto generaban más de una acalorada discusión.

Sin embargo, más de 80 años después de aquel episodio dentro del cine boliviano, la recuperación de un material tan valioso como este —tanto por su contenido histórico, como por su propio lugar dentro de nuestra filmografía— merece particular atención de las nuevas generaciones, así también de las generaciones intermedias, aquellas que todavía evocan cierta relación familiar con lo sucedido en el sudeste boliviano. El Chaco no es en caso alguno un tema superado, sino más bien un lugar recurrente de retorno en función de la memoria y de lo que ahí pasó.

La cinta de Bazoberry, por el registro que hace, se convierte en un material que no hace diferencias políticas entre los bolivianos que participaron del conflicto bélico. Claramente hay un interés por los altos mandos militares, pero esto no refleja una contradicción de clase o militancia. Desde aquí se pude entender cierta empatía —amplificada— con el tono del relato. Si bien a la guerra se opusieron los anarquistas de los años 30, y entendieron que esta contienda solo proponía el enfrentamiento de los pueblos donde se derramaba sangre de inocentes, quienes no tenían responsabilidad sobre lo que se peleaba, estas voces eran disonantes en función del patriotismo exaltado por el fenómeno social que representa una guerra.

Sobre este punto es importante señalar que Luis Bazoberry va a revelar la película en Barcelona, y es ahí que va a trabajar junto con el catalán Juan Pallejá, que desarrollaba carrera como montajista, y quien tenía militancia anarcosindicalista, quien además haría trabajos de propaganda contra el franquismo durante la Guerra Civil española. Pallejá, de acuerdo con los créditos de la película, "coordina" el filme, esto quiere decir que se encarga de darle un sentido narrativo al material. Es en este sentido que la propuesta de Bazoberry es también la del catalán; y que por esto mismo el final no muestra vencedores de la guerra, no sugiere tampoco derrotas, sino más bien cierta inutilidad de toda esta acción. La posición ideológica desde donde se piensa una cinta tiene una razón muy importante, aquella que le brinda al discurso un sentido determinado.

Todo esto lo podemos decir ahora, cuando ya los años han permitido reflexionar sobre el hecho en concreto, y nos permite también ver en perspectiva cómo y por qué se hizo la película. Bazoberry ha dejado un documento histórico y Pallejá le ha brindado un sentido narrativo que coincide con una forma de ver el mundo. En el ejercicio de volver a las imágenes de nuestro pasado encontramos la posibilidad de reflexionar sobre lo que somos como sociedad. Que el público asista a ver este filme es sinónimo de la urgencia por la restitución de imágenes en el imaginario, en una sociedad desposeída de estas, por una tradición oral que prevalece en el relato sobre todo aquello que pueda ser la imagen.

Still de La Guerra del Chaco, 1932-1935.

LA ESQUINA

DIRECTOR a.i.
Óscar Huaygua Delgado

EDITOR GENERAL
Javier Mancilla Luna

JEFA DE REDACCIÓN
Carmen Maldonado Choque

EDITOR DE LA ESQUINA
Reynaldo J. González
contactohistoriadelarte@gmail.com

COLABORADORES
Claudio Sánchez
Luis Oporto Ordóñez
Pablo Cingolani
Juan Carlos Flores

ARTISTA INVITADA
Mtra. Irmad Jaimes

CORRECCIÓN
María Luisa Quenallata E.

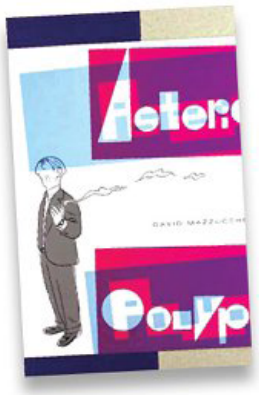
SUGERENCIAS

Los cinco mejores cómics de la historia, según Ana Karina Molina

LA VARIADA SELECCIÓN DE LA LIBRERA Y EDITORA ES REPRESENTATIVA DE LA PRODUCCIÓN CONTEMPORÁNEA DEL GÉNERO AL INCLUIR OBRAS DE AUTOR, MANGAS Y UNA HISTORIETA COMERCIAL.

Con la presente edición, 89 títulos fueron sugeridos por artistas, guionistas y lectores en nuestra consulta que llega a su semana 22. Hasta el momento los cómics más citados entre lo mejor del género son *Watchmen* (cinco veces) y *Persépolis* (tres veces).

En esta oportunidad, la consulta se realizó a la lectora Ana Karina Molina quien, junto al dibujante Joaquín Cuevas, es librera de la tienda especializada en cómics más completa de Bolivia, La viñeteca. Además, es editora de cómics en Polen Editorial y ha publicado varias reseñas de historietas en la revista *Rascacielos* del periódico Página Siete. También es modelo.



1. *Asterios Polyp*

David Mazzucchelli. EEUU, 2009

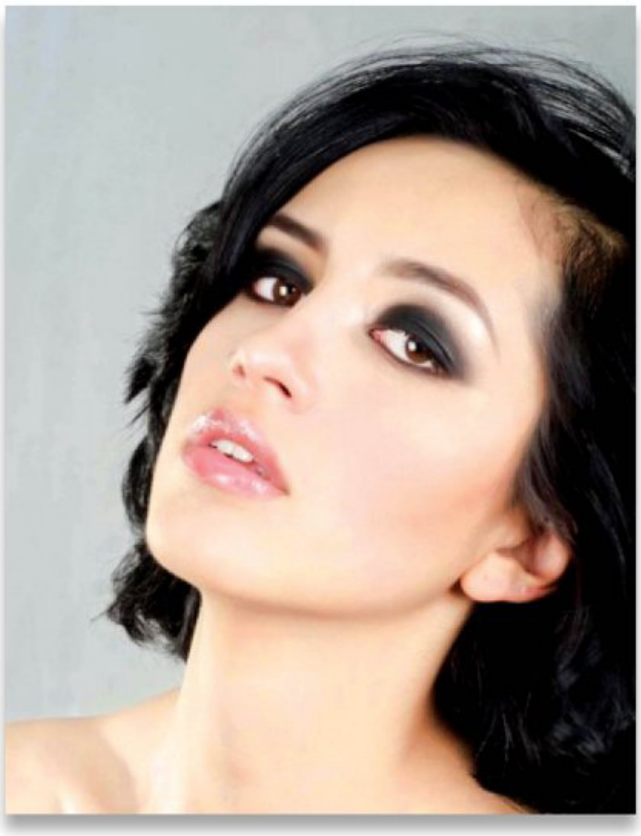
"Cuenta la trágica historia de un hombre cuya vida se torna cada vez más solitaria. La dualidad y las dicotomías son temáticas recurrentes y se indaga mucho en cómo es que alguien se convierte en quien es. La estructura narrativa de esta obra está estrechamente relacionada con la *Odisea*, puesto que definitivamente se trata de la historia de un viaje interno, de cómo un hombre parte de un lugar para llegar a otro siendo un hombre completamente distinto. Lo que termina de hacer de este libro el mejor cómic de la historia es que experimenta con todas las herramientas de la narrativa gráfica con una maestría y una obsesividad maravillosa".

2. *Infierno embotellado*

Suehiro Maruo. Japón, 2010-2012

"Libro compuesto de tres relatos. El primero nos cuenta la historia de dos hermanos que naufragan en una isla virgen. Dos palabras, incesto y culpa. El segundo relato nos cuenta con humor muy negro la historia de un hombre literalmente ciego, pero también figurativamente está cegado por la codicia. El tercer relato, el más desgarrador quizá, nos cuenta sobre la lucha de una jovencita que por mantener a su hermano discapacitado decide ejercer como trabajadora sexual.

Me parece que este libro logra sintetizar la personalidad de la obra de Maruo, pues lo tiene todo, el voyerismo, el erotismo, el dibujo precioso en contraste con lo grotesco del relato, el humor negro y una denuncia social desgarradora".



3. *La formidable invasión mongola*

Shintaro Kago. Japón, 2013-2014

"Cuenta la historia del desarrollo bélico e industrial a través del papel de unas manos gigantes que le son amputadas sistemáticamente a mujeres gigantes. Estas manos son llamadas insistentemente como "caballos mongoles" y son utilizadas como bestias de montar y de carga.

Obra repleta de metáforas y de humor negro; me hizo pensar mucho en la deshumanización y en el poder del lenguaje para velar y para normalizar atrocidades. El dibujo es muy bello sobre todo en las portadillas de cada capítulo, pero el resto quizá no es lo mejor que se ha visto de la gráfica Kago y aún así me parece que es una de sus mejores obras".

4. *Arrugas*

Paco Roca . Francia, 2007

"Cuenta la historia de un hombre con Alzheimer y de su convivencia con otros adultos mayores en una casa de retiro. El manejo del lenguaje de cómic de Roca es maravilloso, el dibujo es genial y el color es lo que más me gusta de la gráfica de este autor. Su relato es sensible e ingenioso, los personajes son entrañables.

Este libro es toda una experiencia conmovedora sobre algunos aspectos de la condición humana, hablándonos de algo en lo que pensamos mucho, pero que evadimos: la vejez y la demencia senil".

5. *Locke and Key*

Gabriel Rodriguez y Joe Hill. EEUU, 2008-2012

"Cuenta la historia de una vieja mansión en Nueva Inglaterra cuyas puertas al ser abiertas con sus respectivas llaves transforman a quien se atreve a abrirlas y cruzarlas. En el pasado sucedieron cosas terribles alrededor de la familia Locke y este pasado vuelve para saldar cuentas. Este libro, a diferencia de los otros de esta lista, no ahonda tan profundamente en cuestiones existenciales o problemáticas de la condición humana. Es una cómic que me ha ayudado a entretenerme más que a reflexionar. Con esto quiero decir que también sé disfrutar mucho de contenidos de entretenimiento simple y llano, pero, ojo, de muchísima calidad narrativa y gráfica. El dibujo tiene una personalidad única que enamora, el color es bellísimo, el manejo del suspenso es magistral y la clara atmósfera lovecraftiana hacen de este libro una delicia absoluta."

LITERATURA

MIRAR LA CUMBRE: una antología 'meritocrática'

32 CUENTOS GANADORES DEL PRESTIGIOSO CONCURSO MUNICIPAL DE LITERATURA FUERON COMPILADOS EN UN SOLO LIBRO POR EL ESTUDIOSO MARTÍN ZELAYA.

Reynaldo J. González

Con la reciente publicación del libro *Mirar la cumbre. Antología histórica del Concurso Municipal de Literatura "Franz Tamayo"*, la Alcaldía de La Paz saldó una deuda demasiado prolongada conla literatura boliviana contemporánea y su estudio: la reunión en un solo tomo de los cuentos ganadores de uno de los certámenes literarios de mayor relevancia en nuestro país. Como pago de interés de esta deuda, el trabajo editado por el investigador literario y periodista Martín Zelaya Sánchez incluye además un estudio sobre la desconocida historia del concurso, dando justa cuenta de su importancia y de su vigencia fundadas en una tradición que a lo largo de medio siglo convocó algunos de los nombres más importantes de la literatura boliviana contemporánea.

Como antología este libro tiene un valor sui géneris, sin precedentes, puesto que la selección que propone no es producto de los criterios de un voluntarioso antologador o de un comité seleccionador reunido para tal propósito, sino de la misma institucionalidad y la tradición del concurso creado en 1966. Independientemente de cualquier debate sobre el significado y el valor real de los premios literarios, esta sola cualidad otorga cierta legitimidad a los trabajos incluidos, asegurando un nivel regular en su calidad para el lector. Este texto, entonces, puede ser tenido como una antología meritocrática que consigna objetivamente algunas de las mejores obras del género.

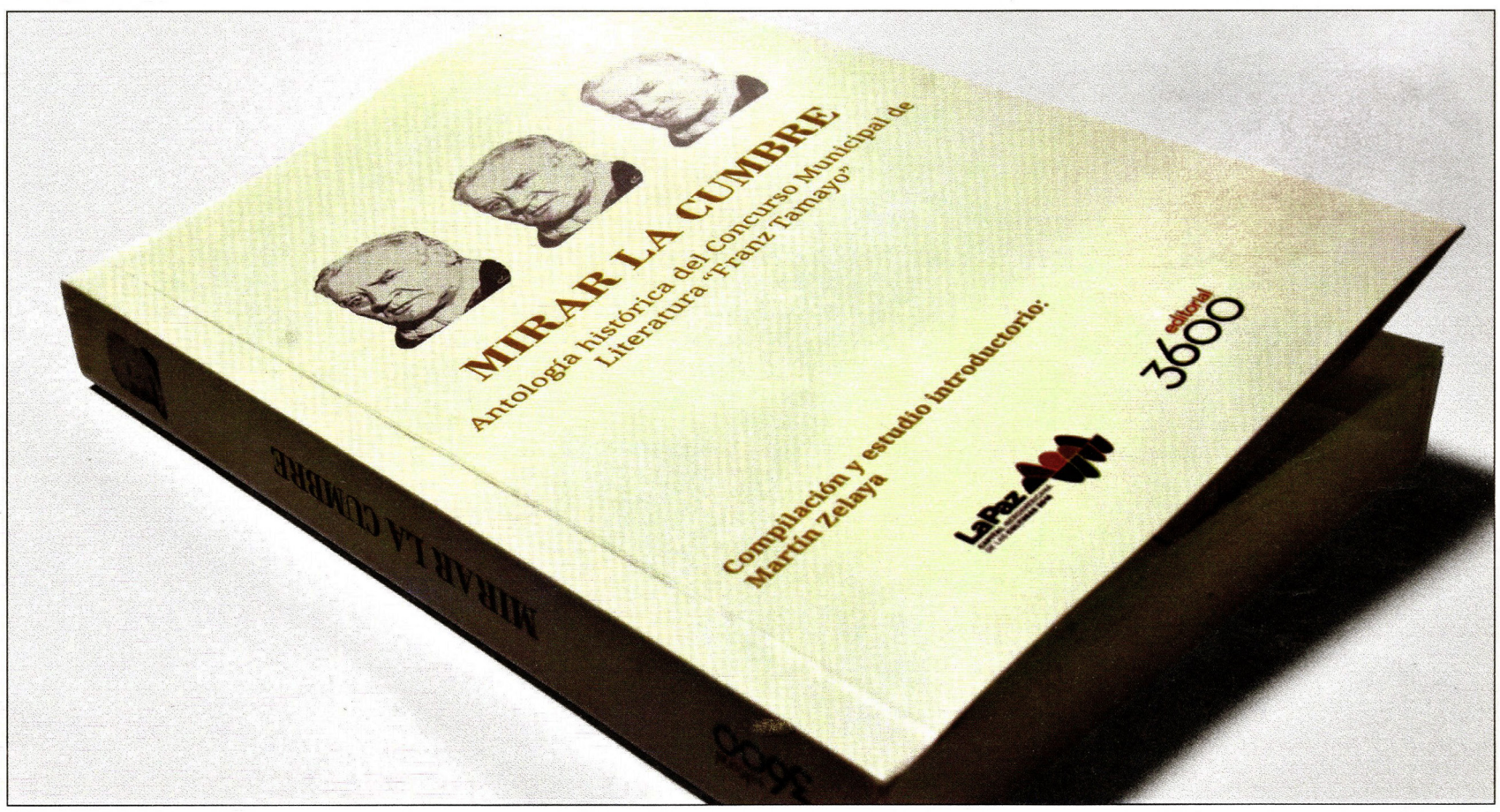
El estudio presentado por Zelaya, por otra parte, es de carácter histórico antes que interpretativo, señala con respaldo documental el azaroso desarrollo del concurso literario —¡que comenzó como un certamen poético!— y consigna puntualmente las listas y los datos de sus ganadores. Esta aproximación es quizás más pertinente a la de un acercamiento interpretativo de carácter crítico o especulativo del devenir literario local, puesto que en su objetividad registra fríamente uno de los mecanismos más importantes de institucionalización de la literatura boliviana, de esos que como sugiere Luis Antezana en el prólogo de *Hacia una historia crítica de la literatura en Bolivia* (2002), terminan por establecer el canon literario nacional. Ya llegarán los estudios que, sobre la base esta importante recuperación, analicen las tendencias literarias o los temas que han marcado la literatura boliviana de los últimos 50 años.

Una de las más destacables características de este trabajo es que, en conjunto, las listas de las obras premiadas (que incluyen segundos lugares y menciones de honor) y la gran mayoría de los cuentos incluidos logran rebatir los cuestionamientos al valor y significado de los premios artísticos desde dos frentes: 1. En las listas presentadas en las que se pueden encontrar algunos de los nombres más destacados de la literatura contemporánea boliviana en diferentes géneros —no necesariamente en los primeros lugares—, hecho que habla asimismo del indiscutible prestigio del concurso en el medio local, que cada año convoca a lo más selecto de los escritores en busca de consagración. 2. En la calidad de la gran mayoría de las obras antologadas que demuestra con solvencia la buena salud del género, ya sea en obras de ecos costumbristas, como las más alejadas en el tiempo, como en obras contemporáneas de exploración de la subjetividad, como los memorables *Esperando a los bárbaros* de Virginia Ruiz y *Por ahora soy el invierno* de Bryan Mamani.

Además de estas virtudes intrínsecas, esta obra refiere además el buen estado de la literatura boliviana al demostrar la institucionalización de un premio que —a diferencia de su par artístico, por ejemplo— no ha sido "tomado" por un grupo sectario con una consigna previamente establecida de lo que debería ser la literatura en Bolivia. Los diversos estilos y las diversas temáticas de los cuentos ganadores así lo demuestran. (Esta última anotación también devela la principal falencia del estudio de Zelaya, que es la omisión de los nombres de los jurados de cada versión del concurso, dato que hubiese resultado bastante interesante para entender cabalmente el desarrollo del concurso).

Sobre las obras incluidas, lo sugerido líneas arriba: en fondo y forma hay de todo dentro de lo moderno y lo contemporáneo. Esta diversidad es otro de los méritos intrínsecos de la antología, dado que en su azar marcado por el transcurso de los años resulta representativa de la literatura boliviana en su conjunto libre de cualquier consigna o programa previo.

En suma, aquí hay 32 obras que valen la pena leer como lo mejor del género en nuestro medio y muchas para sentirse orgulloso de nuestra literatura.



LITERATURA

Un psiquiatra escritor

WOLFANGO MONTES VANUCCI ESCRIBE 'A DOS MANOS' PARA LOGRAR PERSONAJES CONFLICTIVOS QUE INDAGAN EN LA PSIQUE HUMANA.

Facebook: Editorial La Hoguera / FIL Santa Cruz.

Juan Carlos Flores
El ojo que escribe

José Wolfango Montes Vanucci nació en Santa Cruz a principios de la década de los 50 del siglo pasado. Rodeado de libros, decidió a los 17 años ser escritor. Las aguas del tiempo lo llevaron a estudiar Psiquiatría, ciencia que lo acercó a la condición humana, a los conflictos y a los temores internos que tenemos todos los seres humanos.

Montes aprendió a escribir leyendo mucho. En 1984, con 33 años, publicó su primera novela *Lejos del amanecer*. Más tarde llegaron dos narraciones casi experimentales: *El gorrión desplumado* y *Pateando la luna*. Desde entonces nos acostumbró a trabajos vigorosos, sinceros, desafiantes y polémicos.

En 1987, tomando apuntes y escribiendo los principios y finales de sus relatos, sale a la luz *Jonás y la ballena rosada*, la novela más representativa de su bibliografía y acaso de la literatura boliviana de la década de los 80. Además de ganar el premio Casa de las Américas, esta novela sería incluida entre las 15 novelas fundacionales del acervo literario nacional en 2011 y fue llevada al cine por el director Juan Carlos Valdivia.

Un año después del lanzamiento exitoso de *Jonás y la ballena rosada*, Montes publicó *El instante oscuro*, un relato corto, obtuso y sencillo que no opaca para nada el logro obtenido en ventas de su novela anterior.

Iniciada la década de los 90 *El bolero del perdedor* se presenta como una narración audaz en su bibliografía al explorar nuevos aspectos de la psique humana y la condición social de sus personajes en un universo de entretelones y vicios cotidianos.

El libro de 1992 *Ese indiscreto código de los amantes* fue escrito en clave de humor y punzante ironía. Trata de una mujer que decide hacer un libro en el que cuenta detalles vergonzosos del pasado de su exmarido, un político en plena campaña electoral.

La novela *Sagrada arrogancia* aparece en 1998. Escrita con humor y con ácido sarcasmo, trata la historia de un estudiante universitario que busca ascender de clase social enamorando a una aristócrata. Su protagonista, Ismael Quadros, no tiene a nadie a quien contar sus cosas y decide relatar sus desventuras a Papá Noel.

Iniciando un nuevo siglo, la novela *Daimon o tratado de las almas perdidas* (2001) develó la psique de los humanos a comienzos del milenio, sus búsquedas incongruentes, sus pesadillas y sus espantosos despertares. Su personaje principal, Luyman Vargas, busca desesperadamente a su padre y cree hallarlo en la figura de Trajano Gabriak, un psiquiatra preso.

En 2004, *Desnúdese al desnudo,* no solo desvistió el cuerpo de la mujer, sino el machismo imperante en su protagonista: Illán y en su alter ego Wulfram. Con esta obra Montes exploró la naturaleza del típico macho latinoamericano que encuentra el paraíso en un cuarto de motel y en la propia desnudez el infierno.

Tras percibir el cambio radical que vivió el país en estos años, Montes publicó en 2006 *¡Bolivia, adiós!* en la que retrató una nación habitada por políticos intocables y por una secta llamada los nazarenos que está provocando el final de la civilización occidental. La narración es bastante original, pues permite apreciar los últimos años de la vida republicana desde el ojo de la literatura.

Quizás como continuación de la anterior novela aparece en 2007: *Los aymaras están llegando*, obra ligada a los acontecimientos políticos y sociales que sucedieron en Bolivia por esos años. Es una radiografía del pueblo aymara y del Proceso de Cambio político acaecido en el país. En ella se plasma el amor entre una chica de una familia tradicional cruceña y un muchacho del altiplano. Montes otra vez demuestra su poder narrativo en la exquisitez de la trama de esta obra.

Su prolífica creación continúa sin prisa, pero sin pausa *¡La Habana nunca más!* se publica en 2008, buscando entender los procesos políticos del país a la par de una historia amorosa y erótica entre un escritor boliviano y una poetisa cubana.

Yo, el obsceno es publicada en 2011 con un título que alude a *Yo, el supremo* de Roa Bastos. Esta obra está centrada en la vida de Gagarin, un cotoqueño que vive en Brasil y que se dedica a realizar películas pornográficas. El protagonista es acusado del asesinato de su hija, así como de la corrupción moral de su amante, Emilene, una morena convertida en actriz de películas para adultos cuya sonrisa solo destila sexo y desprecio.

Tumba de héroes se publica en 2012. Es una novela que cuenta la historia de una ciudad imaginaria, Cruz Alta, que está al borde de la guerra civil. Los encargados de organizar su defensa traen un "héroe" que sufre una serie de peripecias y lo que debía concluir en una misión exitosa se va transformando en una situación muy problemática.

En general, la narrativa de Montes se caracteriza por el buen manejo argumental, abundante en situaciones sorpresivas, geniales y que mantiene un ritmo intenso en la lectura. Por ello, *Los faroleros* (2014) destila una carga de suspenso y de terror que rodean la vida de su protagonista, Donatien, un joven hedonista de nuestro siglo quien ha perdido el contacto con el prójimo y no consigue conocer al otro, porque para lidiar mejor con el mundo uno tiene que olvidarse de sí mismo. La trama de la novela se desarrolla en Bolivia y en Brasil.

En *El fuego eterno,* de 2016, Montes se adentra a territorios profundos de la mente hacia una pérdida, una relación rota y lo que uno busca hacer para superarla. Si bien contiene algunos ciertos atisbos autobiográficos, también gira en torno a la razón de la existencia humana desde el yo interno. Es una historia de expiación y dolor, en la que el protagonista (el endocrinólogo Ben-Hur) se transforma en la víctima de sus propios descubrimientos.

Finalmente, *Locos, gracias a Dios*, que salió el año pasado, tiene su epicentro en un manicomio. Kerman es un joven psiquiatra quien cuenta sus dudas profesionales, sus extrañezas sociales, sus devaneos amorosos, además de las crisis y angustias existenciales de una personalidad afligida y convulsionada. (Montes conoce al dedillo este tema, pues ha explorado los laberintos y vericuetos de la mente humana).

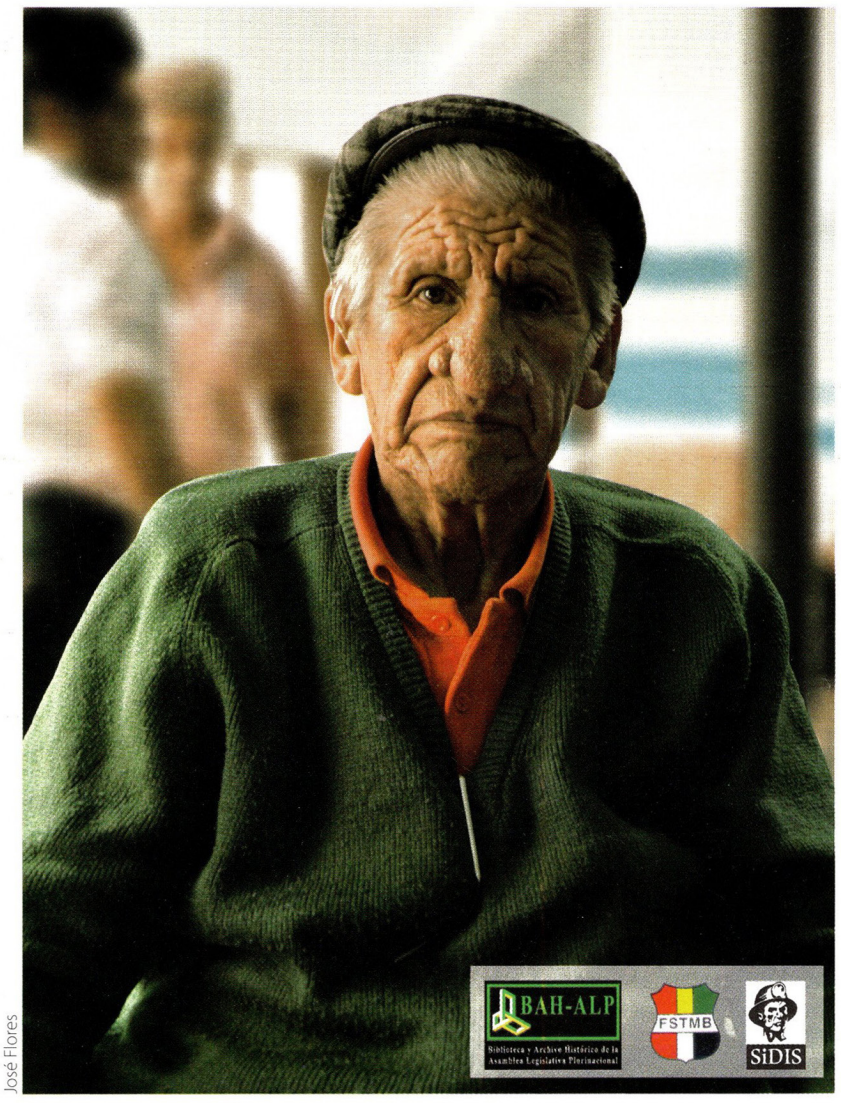
Aunque Wolfango Montes hubiese querido escribir *En busca del tiempo perdido* de Marcel Proust, el destino y su buena estrella decidieron que hiciera otros relatos de cuantiosa valía.

Por ello, Vanucci psiquiatra dio paso al escritor Montes, aunque eso no fue obstáculo, pues en su consultorio Vannuci tuvo la suerte de entrar en contacto con muchas personas y muchas vidas que enriquecieron la labor de su otro yo: el escritor.

EL TALLER DEL HISTORIADOR

Celestino Romay Olivares
Dirigente minero de Unificada

VIDA Y OBRA RESCATADAS POR LA LABOR DE INVESTIGADORES DE LA UNIVERSIDAD MAYOR DE SAN ANDRÉS Y DE LA FSTMB.



José Flores

Luis Oporto Ordóñez
Historiador y docente / Editor

Richard Nelson Gutiérrez Chambi
Estudiante investigador

Nació en la ciudad de Potosí el 4 de diciembre de 1944. Sus padres fueron los mineros Pablo Romay y Adriana Olivares. "Mi mamá trabajó hasta de palliri, mi papá al final se aseguró en la Cooperativa Unificada Limitada en Potosí". Pasó su infancia en ese medio, ya que era responsable de llevar la comida a su padre, lo que le permitió conocer la realidad del trabajo minero: "Yo alguna vez entré con él a la mina de niño, él era el que hacía las corridas para su cooperativa o sea que era minero de cepa". Se educó en la escuela José María Linares y en la escuela Víctor Paz Estenssoro (hoy Luis Subieta) en Potosí. "Posteriormente, en la mina nos inscribimos a los cursos de formación política que se realizaban en la universidad, en las noches nada más". Hizo el servicio militar a los 17 años en el Regimiento Pérez, época en la que se desempeñó como chofer, pues conocía de mecánica (1962-1963). No pudo continuar los estudios universitarios por "problemas económicos". Empezó su trabajo en la mina como peón, luego fue carrero y chasquiri. "De todo lo se puede nos utilizan adentro. De ahí empecé a hacer contrato de arma de cañería, contrato de arma de riel y al final voy de ayudante perforista con don Macedonio Oros, que era mi maestro, y trabajamos ahí casi 14 años".

En su trayectoria política-sindical se formó como cuadro del Partido Comunista de Bolivia. "Entré a Comibol, pero yo fui parte actor de muchas luchas que tuvieron mis compañeros mineros de Unificada, porque nos hemos formado en el Partido Comunista, y ahí en realidad nos obligaban a hacer militancia. En el 65, cuando mi partido se dividió en Siglo XX, nos separamos con mi yunta, que era Édgar 'Huracán' Ramírez".

Considera que el trabajo que impulsó en la época de Banzer (las dos fundidoras, o la de volatilización en la fundición de Potosí, la de la plata-plomo), fue de carácter ideológico: "Los que meterían cuerda eran entre ellos algunos compañeros, como García, Soto, Zuleta. Entonces, imagínese en qué dictadura se hacen las dos plantas", y resalta —sin duda— la habilidad de los dirigentes que negociaron.

En 1972, cuando empezó a armarse la planta de la Palca, los trabajadores que tenían alguna profesión, como choferes y perforistas, fueron enviados "para romper cerros, para armar la planta". Remarca la estrategia trazada en esa época: "Nuestro compromiso era de siempre, con Édgar Ramírez, Víctor López y todavía Víctor Valdivieso: no abandonar, ni dejar Comibol. Dijimos: 'Hay que defender hasta las últimas consecuencias' y eso es lo que hemos hecho. Me quedé trabajando hasta el 86, (cuando) llega la relocalización. En esa época quedaron 41 compañeros que resistieron la orden impartida para destruir el movimiento minero. Por eso, Édgar sigue hasta el día de hoy (como trabajador) regular".

Fue perseguido por su actividad política-sindical: "La primera sacudida fue el 4 de noviembre de 1964, recién casadito con mi esposa estaba haciendo Todos Santos de mi papá y la costumbre en Potosí es 'alma qacharpaya'. En mi casa estaba Édgar también cuando nos sorprendieron". Después de la dictadura de García Meza, recuerda: "Hemos tenido que escapar casi en pañales; estábamos en el cuarto con Wálter Zuleta, en Potosí, cuando vinieron por nosotros".

Su responsabilidad en las luchas mineras fue muy delicada: "Hemos sido el brazo armado del Partido Comunista en la época del 60, más antes inclusive, en la huelga minera. Era así no más siempre, tenía que volar un puente del ferrocarril, un puente de la carretera; 'tienen que hacer este trabajo', nos decían". A los militares nunca les fue fácil atrapar al 'Locoto' Romay, como le llamaban, "porque yo he sido atleta, 42 kilómetros yo hacía en dos horas, once, quince, veinte, ni los mundiales llegan a eso". Recuerda que hacía el trayecto "de su casa a Betanzos".

Posteriormente organizó el Sindicato de la Palca, independiente de la Unificada "porque ya éramos 680 trabajadores", del que fue secretario general. Después, la empresa decidió alejarlo: "El ingeniero Bermúdez me agarró y me dijo: Celestino, ándate de operador de equipo pesado, tu manejas la grúa, el tráiler. Fui a la casa a consultar con mi esposa. Volví y le dije, así de sopetón: 'Don Pancho, me voy esta noche' (...) transferencia inmediata, como estoy yendo a una pega segura no tuve problema, me fui a Oruro y me acomodé". Allí fue elegido secretario general: "Me han llevado primero en 1991 a la Federación de Mineros, ya por Comibol Oruro. Con Daniel Flores, Benito (que ha muerto), juntamente con 14 o 15 ingenieros (exgerentes) queriendo salvar Comibol, hemos entrado a hacer trabajo (verificar) la cantidad de mineral de todas las plantas, (plasmado en) el documento de Plantas Alternativas". Retornó a la Federación en 1998. En 2008, como rentista, fue designado secretario de Deportes, después de Cultura. Actualmente integra la Asociación de Rentistas de Oruro, "siempre buscando la mejoría de los compañeros y de nuestra Federación".

Recuerda el primer campeonato de Fútbol en Llallagua, cuya directiva estaba formada por el presidente Irineo Pimentel, el vicepresidente Wálter Zeballos, el vicepresidente José 'Motete' Zubieta de Potosí, el secretario Primo Flores, secretario Miguel Orihuela". El evento se realizó en el estadio *María Barzola* con la participación de los sindicatos de Siglo XX, San José, Potosí, Caracoles, Viloco, Bolsa Negra, Colavi, Huanuni, Machacamarca, Pulacayo, Colquenchaca, Santa Fe, Milluni, Morococala, Ocuri, Corocoro, Chojlla y Central Sud. Luego vino el campeonato nacional minero de 1967 y las olimpiadas universitarias del 67 y del 69, en las que participó.

Fue vicerrector y rector de la Universidad Nacional Siglo XX. "Primero fui vicerrector (2010), después rector. Soy el que hizo las últimas tres carreras en la Universidad de Siglo XX, Ingeniería Civil, Medicina y Contaduría Pública. Espero haber servido a mi país y a mis compañeros mineros con todo el trabajo".

Es crítico sobre la situación de la Comibol: "A mí lo que me molesta es que nadie, ni siquiera mi compañero Pedro Montes, habla de minería. Parece que en Bolivia no hubiera mineros (...) Lo que no podemos dejar es que sigan explotando nuestras riquezas minerales los neoliberales. Siguen siendo del Goni, Sinchi Wayra, Bolívar, las empresas más grandes; inclusive en el oriente, cobre y oro. Estas cosas a mí me dan bronca porque veo a mi compañero David Ramos, diputado; Pedro Montes, senador, pero nadie dice nada, ni siquiera el secretario general ni el ejecutivo nacional". Hoy vive en Cochabamba, con su esposa Magdalena Padilla Clemente, con la que tuvo 9 hijos.

(Entrevista realizada por el Univ. Richard Gutiérrez, en el Taller de Historia Oral del Movimiento Minero, organizado por la cátedra de Archivística de la carrera de Historia de la UMSA y el SiDIS (FSTMB) en coordinación con la Biblioteca y Archivo Histórico de la Asamblea Legislativa Plurinacional, en la ciudad de Cochabamba, del 17 al 20 de octubre de 2018).

LETRAS LIBRES

Muchas señales juntas

UNA MÍSTICA DE LA NATURALEZA EMERGE DE LA PROSA Y DEL VERSO DEL ESCRITOR. UNA ESPECIE DE RELACIÓN AMOROSA CON LOS ANDES QUE SOLO PODEMOS AÑORAR A LA DISTANCIA.

Pablo Cingolani
Escritor e historiador

La pintora boliviana María Luisa Pacheco (1919-1982) inspiró su obra semiabstracta en los Andes bolivianos.

El frío te cortejaba desde un inicio: es bueno cuando la emprendes con la montaña. Cuando caminas, tu cuerpo se activa: tu mente deja de acosarte. Al producirse ese fenómeno tan positivo, te olvidas del cuerpo: los sentimientos te inundan. Subes, leve, sin otro acecho que el de abrirte a lo contingente, navegar en lo áspero hasta que la belleza irradie tanto que ya no puedas sino rendirte a ella.

Es cuando sientes que la mente no solo dejó de sitiarte, sino que la has vencido, la has sepultado en algún abismo, ya se te olvidó que la olvidaste, y sigues subiendo, cada vez más leve, buscando esas señales y maravillas que solo pueden brindarte el agua abandonada de las oquedades de los cerros, agua de lluvia que resistió allí para que te limpies de regocijo al contemplarla, tan quieta, tan silenciosa, tan llena de mensajes: voces, voces que desconoces, voces que fertilizan tu ascenso, voces que van encendiendo tu marcha.

Es entonces donde llega el momento del despliegue, de la disposición sincrónica de todos los elementos de la naturaleza, la conjugación precisa entre vos y los cerros: rompes la línea cautiva del horizonte y lo liberas. El horizonte se ensancha, la mirada se profundiza, el cielo comienza a envolverte, lo empiezas a tocar con las manos, lo empiezas a acariciar con tu corazón.

Afuera y adentro. Afuera y adentro se equilibran, todo cede, todo comienza a devenir ritmo, juego cósmico: algo que está más allá de toda duda, algo que es incapaz de fugarse, algo que solo te brinda la certeza del entusiasmo, la convicción de la vitalidad.

No cambiarías ese momento por nada en el mundo. Tampoco hace falta: es tan fuerte el aquí y ahora que vibras congelado y ardiendo en ese instante perpetuo que se prolonga cada paso; mientras más asciendes, más lo sientes; mientras más efímero, más lo eternizas, más te eternizas: es energía pura, danzando.

Es la fuerza de la fe que se desata. Es el final de todos los principios y es el principio de todos los finales, y eso sucede en segundos, y sucede a cada rato.

Huellas que vuelves a reencontrar: más señales. Pájaros que aunque estuvieron ausentes nunca habías olvidado. Un cactus que renació con el agua de las lluvias y sigue desmintiendo a la hostilidad, al miedo a esa hostilidad, a los sentimientos que no pueden ni mercarse ni abolirse, más allá de todas y cada una de esas hostilidades que buscan que te aplasten como ciegos hipopótamos cayendo desde una babel invisible, que las sientas lacerando tu piel, que te inmovilicen, que te defiendas o te maten.

Nada de eso existe mientras te elevas. Solo están las huellas, las rocas, el viento: las presencias verdaderas. No te hace falta más. Sientes la dicha del despojo, celebras la alborada del despojamiento: de reducir todo a una guía, una enseñanza, un motivo, un principio. Uno solo.

De no ceder a la tentación de confundirte en la confusión, de no enchufarte a los mil tentáculos de la electricidad, sus artificios, sus espejismos, sus tragedias. Vas cada vez más leve, enfrentando a todo lo aleve, lo fatuo, lo vano, lo que no resiste una canción de la piedra, lo que no oye el líquido rumor del arroyo, lo que no se escucha a sí mismo jamás y menos escucha al silencio, al agua abandonada, a los cerros y sus verdades inmemoriales, sus músicas, sus ceremonias secretas.

Son muchas señales juntas. Son tantas maravillas que se suceden. O las aceptas o mueres. O te convences o te desangras. O sientes o agonizas.

Estás a la noche en un helado páramo, debes conservar el fuego. Estás cruzando el río, debes llegar a la orilla. Estás en la mitad de tu vida. Simplemente: debes vivirla.

LA ARTISTA DE LA SEMANA

Breves apuntes sobre la obra de Irmad Jaimes

Reynaldo J. González

1. La primera vez que vi una obra de la pintora Irmad Jaimes en una galería de arte quedé francamente maravillado por la honestidad de su propuesta artística en lo formal y conceptual. Con el término "honestidad" me refiero a una especie de capacidad natural de hacer algo auténtico y propio, sin pretensiones. (La obra que me cautivó entonces es el coro de niñas que hoy ilustra la portada de **La Esquina**).

2. Meses después, para la realización de esta reseña, entrevisté a la artista sobre su trabajo. Habiéndome indicado que se formó en la Academia de Bellas Artes de Oruro a mediados del siglo pasado, le pregunté por sus maestros y sus principales influencias. Nadie, me dijo, nadie ha influido sobre mi obra ni he tenido maestros. Respuestas en el mismo sentido fueron dadas cuando inquirí sobre los artistas internacionales que admira y cuyas obras podría haber influido sobre su pintura. Nunca he seguido a nadie, reiteró.

3. En el ámbito artístico —y en cualquier otro—, las etiquetas sirven para clasificar las obras, y las clasificaciones sirven para comprenderlas, para hacerlas entrar en diálogo con sus pares o diferenciarlas de propuestas opuestas. Sirven, por ejemplo, para evitar el despropósito de intentar comparar en calidad, por ejemplo, dos obras con fines y características formales opuestos como un retrato naturalista renacentista hecho al temple de un retrato psicologista postimpresionista hecho al óleo. Entendiendo de las clasificaciones la inscripción de una determinada obra en una corriente artística, no resulta en una etiquetación limitante, sino en una forma de entenderla.

3. En este sentido, la valoración de la obra de Jaimes desde una lectura relacionada con la Historia del Arte, debería partir primero por clasificarla dentro de la corriente del arte naif o ingenuo. Solo así se podrán apreciar en su magnitud la dulzura y la autenticidad de sus pinturas, de sus rostros infantiles, la simpleza de sus composiciones frontales y centrales, la elección irreflexiva de colores. Solo si entendemos primero que la obra de Jaimes no busca en absoluto la mimesis ni el lucimiento técnico, sino la expresión auténtica de un carácter particular, podremos valorarla como la gran obra que es.

4. Inscrita en esta categoría, la obra de Jaimes además podrá relacionarse con la de otras creadoras naif como Mirtha Cwirko, Rosario Ostra, Carmen Villazón, Graciela Rodo Boulanger y Carmen Tórrez, y aun con la de otros artistas de ecos ingenuos, como Herminio Pedraza, Martha Cajías, Gilka Wara y Silvia Peñaloza. Es decir, la obra de la artista paceña se inscribe en una importante tradición local que nunca ha sido menospreciada por los historiadores y los estudiosos del arte, ni mucho menos por los aficionados y el público general. El arte naif es acaso, junto con la pintura costumbrista, una de las corrientes más arraigadas en el medio local. Las razones serán un interesante tema de especulación.

5. El Diccionario Cultural Boliviano rescata un criterio elogioso de Armando Soriano Badani sobre la obra de Jaimes: "En la simplicidad espontánea de sus rasgos reside el valor de su pintura que desarrolla un paisajismo de composición más que de rigurosa imitación. En sus temas nativistas exalta expresiones del folklore, en las que sobresalen los personajes característicos concebidos con aguda observación y cumplida factura técnica".

6. Según la misma fuente, Jaimes nació en La Paz en 1935. "Estudió en la Escuela de Bellas Artes de Oruro (1958). Expone sus obras desde 1960, y ya suman más de una treintena hasta 1989. Ha visitado con sus obras galerías de La Paz, Cochabamba, Santa Cruz, Potosí y Sucre. Y en el exterior del país estuvo en París, Moscú, Madrid, Barcelona, San Sebastián, Sevilla, Budapest, Praga y Los Ángeles. Se desempeña como profesora de pintura".

Contacto de la artista: 2424296// 77296335.